

HOMILÍA DE LA MISA DEL V DOMINGO DE TIEMPO ORDINARIO Y 60 ANIVERSARIO DE MANOS UNIDAS, EN LA S. A. I. CATEDRAL DE CÁDIZ.

/Is 6, 1-2a.3-8; Sal 137; 1 Cor 15, 1-11; Lc 5, 1-11/

10 de febrero de 2019

Es casi imposible no recordar estas palabras del Evangelio que dice Jesús a Pedro: “rema mar adentro”, *Duc in altum*. Es casi imposible, así mismo, no recordar el paso del milenio y esta exhortación preciosa de San Juan Pablo II, *Novo Millennio Ineunte*, donde queda como imagen para la Iglesia que sigue avanzando en la historia esta palabra decidida del Señor, que parece que nos repite hoy también: rema mar adentro, avanza, ten confianza y echa las redes. En aquel momento no tan lejano, al publicarse la exhortación, la Iglesia se preguntaba por dónde debía de caminar en medio de las dificultades del mundo, que esperaba Dios de nosotros, cómo iba a ser el siglo venidero, cómo habría que actuar. En cualquier caso, las palabras de Jesús nos recuerdan en todos los momentos de la historia, también de la Iglesia, que el Señor está con nosotros, que está en la barca, que nos llama como llama a Pedro y que nos dice, rema mar a dentro, avanza, pero, eso sí, para pescar, para cumplir tu misión, porque tenemos que cumplir una misión, porque estamos en el mundo para cumplir una misión.

En este sentido, Pedro es un ejemplo precioso que queda como algo característico para nuestra vida cristiana. Y es que el Señor, como hemos escuchado, se ha subido en su barca para predicar, se ha alejado un poco de la orilla y en un momento avanza porque quiere realizar una pesca -que va a ser la pesa milagrosa- y el marinero de verdad que es Pedro, cuando le dice el Señor “echa las redes”, le advierte como buen conocedor de la labor que han estado intentando pescar toda la noche infructuosamente, y ahora, a pleno sol, parece que no es lo oportuno, no es lo razonable, no es el momento, no es lo técnicamente correcto. Pero Pedro, verdaderamente inspirado –y su inspiración sirve para nosotros hoy y para todos los tiempos– ve quién es Jesús, y le dice: “en tu nombre, confiando en tu palabra, echaré las redes”. La pesca milagrosa que se produce en aquel momento es verdaderamente sorprendente, pero porque Dios quiere sorprendernos dándonos a conocer que lo más fructífero en nuestra vida es confiar en Él, confiar en su Palabra. Porque ni es nuestra propia pobreza, ni es nuestra técnica, ni es nuestro conocimiento el que hace avanzar a la Iglesia, sino nuestra confianza en el que de verdad lleva los designios de la historia, la vida de la Iglesia y su misión.

Pedro responde con una reacción que podemos entender perfectamente, y que cada vez que la leemos parece que nos remueve una vez más, porque nos recuerda ese momento tan señalado. Pedro ante Cristo en aquel momento se estremece, y, si antes le decía “maestro”, ahora le dice “Señor”: «Señor, apártate de mí, que soy un hombre pecador». Jesús es reconocido como el Señor de la historia, es el *Kyrios*. Pedro reconoce en Jesús a Dios que tiene poder sobre la vida y sobre los hombres. En ese momento solo ve su pequeñez, su vida ante la grandeza de Dios y ante la misión que el Señor le encomienda que es, verdaderamente, un acto de confianza –siempre es así–, porque el Señor es Dios, y es el que nos llama a la misión.

Ese mismo estremecimiento lo hemos visto reflejado en la Primera Lectura donde el profeta se encuentra en la contemplación de Dios, posiblemente en un momento de oración, de alabanza, y ve como Dios llena el mundo y llena el cielo, y cómo abriéndosele los ojos le contempla en su gloria, rodeado de ángeles que cantan “santo, santo, santo” –así ha quedado como cántico en nuestras misas, como la alabanza que nosotros hacemos en la tierra y hacen los ángeles en el cielo—. Contempla la grandeza de Dios, y ante esa grandeza se da cuenta de la pequeñez de su vida, pero, al mismo tiempo, ve el mundo a la luz de Dios, y ante aquel mundo, parece que él y Dios, Dios y él, miran las necesidades de los hombres, y el Señor le dice: “¿a quién enviaré?”, a lo que el profeta responde: “aquí estoy, mándame”.

Lógicamente nuestro mundo es un mundo necesitado, y el Dios que nos ha revelado Jesucristo, el Dios que conocemos, no es el “dios” del deísmo ni de estas teorías que acaban abocando en el ateísmo –un “dios” arquitecto de lo creado, que se desentiende del mundo y no quiere saber nada de nosotros-. El Dios verdadero, que es Amor, no se desentiende nunca, porque somos sus criaturas, y nos hace mirar al mundo con su mirada. Esto es lo que han hecho los santos. Recordad cuántos santos, a partir de la contemplación de las necesidades del mundo han querido aportar lo mejor de sí mismos, entregar su propia vida. Así lo hicieron viendo a los niños analfabetos sin capacidad de progresar, San José de Calasanz y San Juan Bosco; o así lo hicieron, por la contemplación de los enfermos, San Vicente de Paul y San Juan de Dios, viendo que hay algo que hacer: Señor, ante esto que vemos juntos, ¿qué quieres que haga?, ¿qué me estás diciendo que haga? San Francisco Javier ve la inmensidad de la tierra y cómo es necesario ir a la misión predicar a Cristo, que los hombres le conozcan, ¿qué va a ser de nosotros, si no conocen a Dios? Pero esa inspiración les viene siempre de contemplar el mundo desde Dios, de estar al lado de Dios, de fiarse de Dios. La misma experiencia de pobreza se repite otra vez, volviendo a la escena, con el apóstol Pedro.

Escuchad de nuevo al profeta cuando exclama: «Ay de mí, ¡estoy perdido! Yo, hombre de labios impuros, que habito en medio de gente de labios impuros, he visto con mis ojos al Rey, Señor del universo», es decir, ¿cómo voy a ser yo quien vaya en Tu nombre? ¿cómo voy a ser yo quien trabaje por los demás? El Señor le acerca a su ángel para tocarle los labios con ascuas de fuego, y le purifica: con su amor, con su palabra. Y Él dice, “aquí estoy, envíame”. No encontramos aquí esa situación que conocemos muy bien en la que Jesús llama directamente: “ven y sígueme”. Es más bien Dios que nos hace ver el mundo desde su mismo corazón y visión. Y plantea la necesidad del mundo. Y cuando sintonizamos con el corazón de Dios podemos decirle: “aquí estoy, envíame”.

No es muy distinto de lo que sucedió con Manos Unidas en su fundación, con este deseo de acudir a remediar el hambre en el mundo. Es una visión cristiana de la vida de las mujeres de acción católica de hace 60 años, donde mirando la situación de hambre y pobreza se preguntaron: ¿qué podemos hacer? Seguramente muy poco, dentro de nuestras pequeñas posibilidades. Pero Dios nos pide hacer algo, y si es verdaderamente algo suyo, Él mismo lo bendecirá, como lo ha bendecido de modo que vuestra institución es ampliamente reconocida por su bondad, atención, desinterés y fiabilidad. Y aunque la llamada a remediar las necesidades de los demás se presenta a todos los hombres de buena voluntad, no dejamos de ver y presentar que tiene un alma cristiana, un corazón

cristiano que es aquel que sintoniza al lado del Señor, que es capaz, mejor que nadie, de ver las necesidades del otro. Y si Dios es Amor, un amor activo, un amor entregado, un amor que da la vida, está disponible para darse generosamente, si nos fiamos.

Finalmente, después de fijarnos en Pedro y en el profeta, escuchando a San Pablo— como hemos hecho en la Segunda Lectura— todos nosotros nos damos cuenta de nuestra pobreza, de nuestra pequeñez, y nos decimos que no valemos para tanto, y nos preguntamos qué pintamos en una misión tal grande. Y el Señor nos dice, para tomar conciencia, como San Pablo, que ha de verse claramente que en la propia debilidad se hace presente la fuerza de Dios. Así lo requiere Su amor. Por eso nos dice a nosotros hoy: confía, rema mar a dentro, continúa.

San Pablo no solo reconoce que es pecador, ha sido perseguidor de los cristianos, del mismo Cristo. (Aquella imagen de su conversión le quedará señalada para toda la vida: “¿y tú quién eres?” ... “yo soy Jesús el Nazareno, a quien tu persigues”. Evidentemente él no perseguía conscientemente a Jesús, pero qué identificación tan profunda hace Cristo con nosotros, con su propia Iglesia). Con qué mirada tan clara San Pablo se da cuenta de que el Señor se apareció antes que Él a muchos hermanos, a los apóstoles, considerándose él por tanto el último, el más indigno. Pero sabe muy bien lo que nosotros también sabemos, y hemos de repetirnos y repetir continuamente: que Cristo murió por nuestros pecados y por nuestra salvación, que nos ha redimido y ha hecho de nosotros hombres nuevos, y que desde ese momento nuestra vida es para alabarle, para servirle, para dar gracias, y por tanto disponible en sus manos. Todos tenemos que preguntarnos: ¿Señor qué quieres de mí, Señor qué quieres que haga? Y aquí no valen las excusas de valgo o no valgo, soy mejor o soy peor, puedo más o puedo menos, porque el Señor siempre tiene para nosotros una misión que debemos vivir y cumplir para que Él se haga presente en esa parcela del mundo, de los hombres, de la Iglesia, donde Él quiere llevar su gracia que es suya. El fruto de esa pesca milagrosa y abundante es suyo, nosotros no podemos colgarnos medallas, porque es el Señor quien hace la obra, pero él nos quiere como colaboradores.

Es momento para dar gracias por nuestra vida y por la Iglesia, que es el fruto primero y mejor de la obra de la salvación, en la que todos participamos y por la que tenemos que dar infinitas gracias a Dios. Esta alabanza nos lleva a nosotros también a mirar al Señor y decirle, ¿qué quieres de mí? Seguro que escuchamos también hoy: rema mar adentro, echa la red. Cada uno entonces debe examinar su conciencia y su vida viendo si es suficientemente disponible para el Señor, si el Señor puede pedirle algo más, a qué tiene que renunciar gozosamente, por amor, porque Él que es dueño de la viña, necesita operarios para su mies.

Os aliento a todos a seguir entregando vuestra vida, y muy especialmente a Manos Unidas. Doy gracias a Dios por vuestra labor abnegada para cumplir esta misión de caridad que llega tan lejos empezando por tan poco y con tan pocos medios, pero que ha conseguido con espíritu emprendedor, misionero, cristiano y evangelizador, poner tantos corazones al servicio del bien, muy especialmente de los más desfavorecidos y de los más pobres del mundo. Y que el Señor nos bendiga con la gracia de poder servirle

con humildad que es la condición para poder hacerlo con inmensa generosidad y desprendimiento de sí. Amén